

Una cena con Santo Domingo de Guzmán

(Para el 8 de agosto de 1221)

Chus Villarroel O P

El lema que nos han dado para reflexionar en este año jubilar de 1221 en que celebramos los 800 años de la la muerte de santo Domingo es el de *A la mesa con Santo Domingo*. Tengo que decir que me gusta y que lo encuentro muy sugerente. En España actualmente, al menos en Madrid, creo que las reflexiones comunitarias más profundas no se hacen en espacios vacíos y silenciosos sino en una comida o cena al aire libre en una terraza o en un restaurante. Por esa razón me parece tan sugerente el lema porque, el que lo pensó, no se ha ido por las ramas sino que está muy en nuestra realidad social.

Aprovecho esta coyuntura para invitar a Santo Domingo a que cene una noche conmigo. Quiero sonsacarle lo que yo intuyo que el Espíritu Santo puso en su corazón acerca de la gratuidad de la salvación, la genial idea de que el cumplimiento de las constituciones no nos justifican, de que él iría con su navaja rompiendo los códigos si viera que sus frailes confían en sí mismos y en sus cumplimientos. Esto lo dijo, con un lenguaje de su tiempo, un poco negativo, al decir a sus frailes que las “constituciones no obligan bajo pecado”. Al preparar esta invitación me he dado cuenta de que hay algún personaje más al que debo invitar para que nos aclaremos más. Creo que es necesario que bajen del cielo también su sucesor Jordán de Sajonia; Humberto de Romanis, quinto maestro general de la Orden; Guillermina de Belpech, priora de Prulla e íntima de Domingo; Diana de Andaló, joven boloñesa también íntima del santo y Sor Cecilia, una jovencita

que le conoció a los 17 años en Roma y se hizo monja, viviendo toda su larga vida al servicio de su memoria.

Pues bien, han aceptado la invitación lo cual quiere decir que cada uno está dispuesto a contarnos ¿qué es lo que sembró el Espíritu Santo en su corazón acerca de la gratuidad de la salvación? Vivieron en un momento poco propicio para sentir algo de esto, lo cual les hace más interesantes. La gente en aquella época, a la hora de la muerte, sentía más necesario para salvarse una confesión que una alabanza porque solo se veían justificados por sus buenas obras y cumplimientos, que podían ser anulados por el pecado. Para ellos, Jesucristo no intervenía en esta tarea más que como juez al final. No era ni instrumento de propiciación ni su sangre tenía otro valor que el del ejemplo. Mis invitados presintieron ya en aquel entonces que la cosa no era así sino que nuestra justificación no era nuestra sino que la recibíamos gratuitamente por la sangre de Cristo.

Ahora en el cielo, ya desde hace 800 años, están disfrutando de la justificación gratuita de Cristo pero yo les he dicho que nos hablen de lo de acá, de lo que sintieron cuando estaban en esta tierra. A Domingo le correspondía hablar el primero y así lo hizo. Nos contó que según iban pasando los años de su vida experimentaba en su corazón otra idea muy distinta de salvación que la corriente en aquella mentalidad. En los monasterios anteriores a él la perfección que se buscaba estaba en la regla por lo que el monje que la cumplía conseguía el objetivo de ser perfecto y la seguridad de su salvación. Domingo empezó a dudar de esto pensando que no eran la ley y los cumplimientos los que nos iba a llevar a Dios sino la experiencia de Jesucristo muerto y resucitado. Nos dijo que la oración para él era esencial pero que la tenía que hacer delante de un Cristo al que le brotara sangre por el costado. En esa sangre veía el poder y la salvación. En la contemplación de esa sangre veía él la entrega gratuita de Jesucristo por todos nosotros y su profundo amor. Por eso siempre predicó un Cristo crucificado y su casa se llamaba “Predicación de Jesucristo”, de la humanidad de Jesucristo, ya que hemos sido salvados en su cuerpo de carne. El Cristo Pantocrátor del románico a él no le decía nada.

Al hablar Domingo yo pensaba: “Claro, por eso, el que pintó los nueve modos de orar de santo Domingo en cada una de las viñetas nos ponía un

Cristo chorreante de sangre. Igualmente el que ideó los modos de orar entendió muy bien y con él toda la Orden a quién oraba Domingo. Este Cristo de carne y hueso, profundamente humano, es el que ha predicado siempre la Orden y es también el que nos ha mantenido atados a la realidad de un mundo de pobreza y miseria necesitado siempre de salvación. El pantocrátor se parece a un dios crucificado, no un hombre”.

El santo quiso echar un poco de agua en el vino pero Fray Jordán no le dejó: “Esta es una noche de fiesta y hay que beber buen vino”. Domingo accedió porque lo que quería era hablar, tenía necesidad de comunicarse y decir más cosas, aunque sor Cecilia le preguntaba cositas a las que apenas atendía. Así, antes de que nadie metiera baza, continuó diciendo:

Ante este sentimiento o revelación que tenía dentro no sabía cómo reaccionar. Por una parte, nos decía, yo me sentía unido a Cristo porque su sangre que ya me había salvado me llenaba de gozo pero, por otra, ¿cómo predicar eso delante de un pueblo que temblaba por su salvación? En el pueblo y en los monasterios sólo se hablaba de obras y de cumplimientos y de méritos. Fui cobarde: lo sentía en mi corazón pero no me atreví a ponerlo en las constituciones. No me atreví a poner que nuestras leyes no obligan a pecado, que no nos salvan, que son normas de convivencia, que sirven para regular la vida de cada día pero que, aún cumpliéndolas maravillosamente, no nos justifican ni nos santifican. Lo pensaba pero el qué dirán y la mentalidad corriente ejercían una imposición que no me permitieron ponerlo en las constituciones. Sin embargo, está claro, el fraile legal y cumplidor no puede ser nuestro modelo de identificación. Necesitamos frailes de fe, con marcha y carisma, abiertos al Espíritu Santo y a una predicación testimonial de Jesucristo. Incluso llegué a decir que iría por los conventos rompiendo con mi navaja los códigos de los que creyeran que las leyes escritas en ellos nos salvarían, pero no tuve fuerzas para dar más testimonio de Cristo, no le acompañé suficientemente en la soledad de su sacrificio por nosotros. Y eso que lo sentía y lo tenía muy adentro. Me desahogaba llorando como un perdido en las misas, tanto que hasta me prohibieron decir misa delante de los frailes.

Yo me sentía salvado y libre sin ningún temor ante mí salvación. Al contrario, daba gracias a Cristo pero en la predicación se me colaba el sentir

del tiempo. Así y todo, comenzaron algunos a llamarme predicador de la gracia. Me gustaba. Cuando esta revelación se aclaró del todo en mí, cambió incluso el sentido de mis penitencias y flagelaciones, ya no lo hacía por mí y por mis pecados sino por los demás. Pecadores, sarracenos, paganos, estaban en mi corazón. Por los herejes cátaros me costaba más rezar. No sé por qué, tal vez porque les creía endurecidos. No obstante, se me hizo claro que nuestra salvación es gratuita por el sacrificio y la sangre de Cristo.

En ese momento terció en la conversación Jordán de Sajonia diciendo: Sí, Domingo, eso es verdad, yo conocía tus sentimientos. Toda la Orden sabía lo que pensabas. La verdad es que no te entendíamos bien lo que querías decirnos pero recibíamos tus palabras con sumo respeto. El problema vino cuando te moriste. Después de tu muerte no entendíamos bien tu sentir espiritual y, por otra parte, las constituciones habían quedado devaluadas. Como habías dicho que no nos santificaban, estábamos muy perplejos. En todos los monasterios, desde siempre el que cumplía la regla a la perfección era perfecto. De eso se trataba. Tú no, tú nos hablabas de la gracia, de la gratuidad del don de Cristo, incluso te llamábamos predicador de la gracia. Tu predicación nos llegaba al alma pero en los conventos había una falta de uniformidad por la laxitud de nuestras leyes que resultaba muy incómoda e, incluso algunos protestaban. Querían normas tajantes, pero claro, una norma que no obligue bajo pecado tiene poca fuerza.

Domingo en aquel momento se levantó y sonriendo nos dijo que como los demás iban a hablar mucho de él se iba a dar un paseo para ver lo que había cambiado aquello desde su tiempo. Precisamente estábamos en Madrid y en una terraza en la plaza de Santo Domingo, donde estuvo él hace 800 años y donde se fundó el primer convento de frailes que pronto pasó a ser de las monjas. Aún se conserva el nombre después de tanto tiempo. Yo ya me he muerto, seguía diciendo, y vosotros fuisteis los que llevasteis la cosa adelante así que hablad con tranquilidad. Además no tengo hambre. Cuando llegue la hora de volver al cielo estaré aquí para irnos todos juntos.

Jordán acepto y dijo: “Vale, seguiremos sin ti. Yo así me sentiré un poco más libre”. Dirigiéndose a los que quedaban comenzó diciendo que la

Orden nació bajo una tremenda contradicción. Por una parte la mentalidad corriente según la cual la salvación estaba en el cumplimiento de normas y preceptos. La obediencia y el cumplimiento a la regla siempre fue el paradigma indiscutible de la perfección. El fraile cumplidor hasta la mente y el camino era el perfecto y el modelo a imitar. La gracia nos ayudaría en ese cometido y, al final, si alcanzábamos suficientes méritos nos salvaría, pero el recorrido para alcanzar ese nivel era responsabilidad nuestra no de la gracia. De lo contrario, la gracia sería constrictiva. Jesucristo estaba ahí para imitarlo, no como un don actuante en nosotros sino como un modelo a imitar. Por otra parte estaban las palabras inquietantes, aunque sugerentes y novedosas, de Domingo de que no nos salvamos ni alcanzamos nuestro fin como religiosos a base de normas sino por la fe en Jesucristo único salvador.

En la Orden hubo un desajuste inicial que se transformó en una falta de uniformidad. A su muerte yo era un jovencito y me pusieron a gobernar la Orden como su sucesor cuando aún no había aprendido a gobernarme a mí mismo. Me sobrepasaban muchas cosas. A los siete años de morir el Padre, en 1228, tuve que convocar un capítulo generalísimo para determinar unas pocas leyes que nos dieran pertenencia y sentimiento de ser una Orden no solo en el alma sino en lo exterior. Necesitábamos un hábito común, un rezo uniforme, horarios y costumbres semejantes, un lenguaje propio. Domingo creía en el Espíritu Santo más que nosotros y que él llevaría la obra a feliz término. Eso nos admiraba pero nos dejaba huérfanos. Muchos apenas le conocían. Los frailes ni siquiera lo querían canonizar y su sepulcro estaba cubierto de zarzas y maleza. Gracias al Papa, el venerable Hugolino, que me riñó con fuerza por nuestra desidia, comenzamos a hacer algo para trasladar el sepulcro y comenzar el proceso de canonización. Yo me puse manos a la obra y escribí una semblanza suya siguiendo sus pasos desde pequeño.

La exposición de Jordán impresionó a todos. Guillermina replicó diciendo: Yo no me daba cuenta de nada. Te oigo hablar, Jordán, y me quedo absorta. ¿Tan mal estábamos? Yo goberné Prulla desde el año 1206 hasta el 1225 y éramos felices. Sufrimos una cruzada atroz pero no nos afectó. Diana echaba unas miradas a Jordán bastante amenazantes. Eran

muy amigos y se escribían cartas muy íntimas. Pero al escucharle, no le conocía: “Nunca me dijiste nada de esta situación de la Orden. Yo también creía que iba todo viento en popa”. Cecilia, sin embargo, no mostraba ninguna perplejidad, solo tenía corazón para Domingo pero éste ya había muerto, por eso los ajustes que se sufrieron al principio no le impactaban demasiado.

No, no penséis que estábamos tan mal, continuó Jordán. El espíritu y el fervor primitivo se conservaban muy bien y teníamos más vocaciones de las que podíamos admitir. En algunos conventos no había sitio material ni rincón escondido donde pudiéramos colocar un novicio más. Yo mismo prediqué en Oxford en cierta ocasión y decenas de universitarios entraron en la Orden al oír la predicación, una predicación que tenía mucho del carisma y la gracia de la Orden. Así mismo todos los años nacían nuevas provincias de modo que íbamos llenando el mundo entero entonces conocido. Si os he de decir la verdad, el miedo que yo tenía era que desapareciera la intuición espiritual que tuvo Domingo de la gracia gratuita no la que nos viene por las obras y el cumplimiento. ¡Había tanto fraile necesitado de normas, de obras y de claridad...! Sin embargo otros muchos frailes que teníamos la “gratia praedicationis”, el carisma de la palabra, sabíamos muy bien que el poder de la palabra nos venía de arriba del Espíritu Santo no de la ley y de nuestros méritos. De eso tenía miedo yo, de que triunfara la corriente de la ley y muriera el Espíritu de entre nosotros... Si quitamos a Domingo esa revelación o, si se llega a perder, la Orden nace muerta y no tardaría en desaparecer.

Al terminar Jordán se dirigió a Guillermina y le dijo: “Yo quiero que sigas ahora tú porque tú sabes mucho de esta gracia de la que hablo. Me lo dice el corazón”. Sí, Guillermina fue una de las que estuvieron con Domingo desde el principio en Fanjeaux, fue testigo de la aparición del demonio y mantuvo un feeling intimísimo con Domingo. Él la nombró primera priora de Prulla, a pesar de su juventud, y la mantuvo en el cargo durante su vida. Cuatro años después de la muerte del fundador, 1225, consta que aún seguía de priora.

Sí, comenzó Guillermina, tuve mucha intimidación con Domingo pero no hubo flechazo, al menos de mi parte, fue creciendo con el trato. Veníamos

de experiencias muy distintas: yo de la herejía cátara y él de la casta más rancia de la Iglesia contra la que luchábamos los cátaros. Él era un canónigo, muy joven, pero al fin marcado por la intolerancia dura que nosotros achacábamos a la Iglesia. A mí, siendo cátara, su obispo, Diego de Azevedo, a quien Domingo y los otros obsequiaban con servilismo, me asustaba. Tardé, pues, en sentirme confiada y tranquila delante de Domingo.

Tengo claro que, aunque no me caía simpático, sin embargo, no me desagradaba. Agradezco este sentimiento que fue, más que cualquier consideración espiritual, el que me mantuvo enganchada. Me dejé hacer. Cuando bajamos a Prulla y me nombró priora no me lo podía creer; otras estaban mucho más cerca de él que yo. Después me di cuenta de que él era mejor que yo, no juzgaba los corazones como yo estaba haciendo con el suyo. Lo primero que me enamoró de él, porque yo estuve enamorada, fue su capacidad de escuchar. Me escuchaba y me escuchaba y me escuchaba; a veces, durante horas. La impresión que me daba es que le interesaba enormemente todo lo que le decía. Le hablaba de cuando recibí el *consolamentum*, de las experiencias que tuve aquella noche, de cómo necesitaba a alguien que me explicara lo que me estaba pasando. Mi conocimiento del Espíritu Santo era nulo. No encontré a nadie. Solo sé que sentimientos de bondad y de bonhomía, como decíamos nosotros, me inundaban el corazón. Quería a todo el mundo. Aprendí a leer y a escribir porque necesitaba saber, ilustrarme, entenderme a mí misma. Cuánto gocé y cuánto sufrí.

Recibí el *consolamentum* un año antes de conocer a Santo Domingo. Fue una cosa muy bella. Los cátaros, entre nosotros éramos muy felices y nos sentíamos elegidos. Éramos gente buena. El problema es que la Iglesia no nos aceptaba. Eso hacía que estuviéramos un poco perdidos. Una tarde se nos ocurrió al grupo de nueve amigas, asistir a la Misa que daba el nuevo párroco de Fanjeaux, nuestro pueblo. Se llamaba Domingo y venía de España. Su predicación nos tocó el alma. Salimos afuera y nos sentamos en el mirador. Abajo se veía Prulla, que ni lo conocíamos siquiera. Después de charlar un rato decidimos volver a la Iglesia y hablar con el cura: “Señor, si es verdad lo que usted ha predicado hoy, muéstrenos lo que tenemos que

hacer. Después sucedió la aparición del demonio. Nos impresionó tanto que decidimos seguir a Santo Domingo.

Nuestro gran pecado cátaro fue el juzgar a la Iglesia con mucha dureza. No supimos ver a Jesucristo en su pobreza. Por eso nuestro corazón se iba endureciendo y entramos en rebeldía. Nos creíamos superiores y más puros porque cumplíamos todo a la perfección. Nosotras, las nueve de Fanjeaux, nos salvamos por minutos. Tuvimos suerte cuando fuimos conociendo a Domingo y nos dimos cuenta que los prejuicios cátaros contra el clero no tenían nada que ver con Domingo. Al contrario era un hombre bueno y sencillo. Estando en Prulla, ya de monjas, rezábamos el oficio normal de la Iglesia pero de vez en cuando le pedíamos permiso para hacer la oración espontánea, estilo cátaro, y le encantaba. Era tan sencillo que a veces participaba él. No me cabe la menor duda que allí aprendió a levantar los brazos y a orar con todo su cuerpo como lo siguió haciendo más tarde. Ahora bien, lo que aprendió con nosotras más claramente fue la acción física y gratuita de la gracia en unas pobres chicas iletradas y sin creatividad alguna. Allí se dio cuenta de que solo nos salva la acción gratuita de la sangre de Cristo. De aquella fuente de Prulla brotó para él y para muchos en la Orden la “*gratia predicationis*”. Esto lo sé porque nuestras larguísimas conversaciones versaban sobre esto casi siempre. Domingo nos reveló el concepto y nosotras, a cambio, le dimos la vivencia.

Aún quiero decir algo: más tarde cuando vi cómo se radicalizaban los cátaros me dio mucha pena. Era muy buena gente y muy sencilla, buscaban el bien. No fueron entendidos y se trató de exterminarlos con la cruzada y otras coacciones y exigencias. Por desgracia cayeron bajo el influjo de los maniqueos, creyendo que la Iglesia era creación del principio del mal, y creyéndose los únicos cátaros, es decir, limpios, llegando hasta negar un sacramento precioso como es la eucaristía porque proviene de una Iglesia mala. Todas estas cosas y la mentalidad de la Iglesia en general, nos hizo sufrir mucho. Sufrir y rezar.

La confesión de Guillermina ha sido tumbativa. Hasta Cecilia escuchaba con los cinco sentidos y, al final, incluso aplaudió y todo, mostrando claramente su acuerdo y su alegría. Todo lo que se decía a favor de su Domingo le emocionaba. Nadie conocía a la Priora de Prulla y por eso

estaban sorprendidos. Los cátaros para el resto de los comensales eran antes lejanos con los que apenas habían tenido contacto e incluso los tenían como gente mala a evitar. Diana, Humberto y Cecilia no pincharon ni siquiera una aceituna durante la confesión de Guillermina y eso que la cena se redujo a un simple picoteo ya que los del cielo no tenían hambre alguna. Yo lo sentí porque les había traído a los seis a Madrid y quería obsequiarles con una buena cena, pero ellos y ellas no estaban en eso.

Después de charlar un ratito, Cecilia palmoteo con una sonrisa y les dijo: Vamos a seguir, que esto está muy interesante. En el cielo no me habéis contado nada. Ahora le toca a Diana. Venga Diana, empieza: “Yo, comenzó Diana, sin hacerse de rogar, al primero que oí predicar en Bolonia siendo todavía muy jovencita fue a Fray Reginaldo de Orleans, era fuego aquel hombre y arrastraba tras de sí a media Bolonia, sobre todo a los universitarios. A mí me iba pero no del todo, mi empatía con él no era plena. Un tiempo después llegó Domingo a Bolonia. Desde el primer momento me di cuenta de que ese hombre iba a ser decisivo en mi vida. No le dejé más en paz, le buscaba a todas horas. Yo creo que algunas veces se iba de Bolonia a Roma y a otros sitios pero era para librarse de mí.

Lo bueno es que al poco tiempo le fui necesaria y entonces me aproveché para estar mucho con él. Resulta que los frailes vivían en el conventito de la Mascarella donde no había espacio físico para cohabitar. Eran ya unos cuarenta y estaban agobiados. Los frailes andaban tras el santuario de San Nicolás de las Viñas, una ermita rodeada de viñas en lo alto de una colina, lugar ideal para construir un convento. Además el capellán se hizo dominico, Rodolfo de Faenza, lo cual los frailes lo tomaron como un signo del cielo. Faltaba por convencer al viejo propietario que se negaba en redondo a vender su finca. Estando en estas me enteré de que ese propietario recalcitrante era mi abuelo, el viejo Andaló, y le dije a Domingo: “No tengas pena, eso está hecho”. Comencé el ataque por mi abuela Otta, que era peor y más geñuda que el abuelo. Logré convencerla y renunció a toda su parte a favor de los frailes y lo mejor de todo es que se hizo mi aliada. Así con dos baterías femeninas apuntando al viejo, el pobre abuelo no tuvo más remedio que regalarles a los frailes la finca entera.

Esta fue la primera experiencia que tuve yo de gratuidad en mi vida. No me conmocionó porque mi familia tenía muchas fincas semejantes. Este tema de la salvación gratuita en Domingo no era una moda o un esnobismo, era una revelación muy profunda. Hablaba de ella en la máxima intimidad cuando desnudaba su alma. A pesar de ser yo tan joven, conmigo se abría hasta ese extremo sin importarle que yo lo entendiera a mi manera. Solo miraba mi corazón de acogida. Lo que tengo claro es que era su obsesión espiritual más profunda que trataba de comunicar en la predicación aunque el público no estaba en esa onda. Sus lágrimas al decir la misa no venían de la compasión por los pecadores ni por nada humano venían por el amor afectivo y erótico que sentía por Jesucristo sobre todo al ser sacrificado por nosotros. En esa sensación de estar salvado gratuitamente fuera de todo mérito estuvo el culmen de su santidad. Tenía bien claro que ni las constituciones ni sus méritos le salvaban. Por la noche, en la oración, trasladaba a los hombres mediante la compasión lo que había sentido al decir la misa.

A mí no me costó nada aceptar que estaba salvada gratuitamente por la sangre de Cristo, por lo cual el temor al pecado, el crecer en méritos, el ganarme el cielo, progresar en la virtud, despreciar lo terreno y adoptar cautelas ante el peligro del trato humano no formaban parte de mi espiritualidad. Mi oración era de pura alabanza desde el principio. En la sociedad de aquel entonces había muy poca gratuidad, nos exigíamos demasiado los unos a los otros. Entendí la gratuidad de Cristo pero la buscaba en mi familia y en la Orden. En mi familia no había ninguna gratuidad. Yo era noble, divertida, joven y guapa y sabía muy bien que me iban a vender al postor más interesante para la familia no para mí. Las cosas eran así. Sólo me sentí querida dentro de la Orden. Domingo me valoró muchísimo y después Jordán. Mi ilusión, y por lo que luché más, fue para que hubiera gratuidad entre los frailes y las mojas, para que hubiera trato y cariño de hermanos y para que las relaciones entre lo femenino y masculino dentro de la Orden fueran lo más estrechas posibles. Que hubiera amor de familia; la que no encontré yo entre mis parientes de sangre. En esto estaba segura que coincidía con Domingo.

Por eso presioné mucho para que se creara pronto un convento femenino en Bolonia, como el de Prulla o el de Madrid o el de San Sixto en Roma. Pasaba el tiempo y no se lograba. Vivía más con los frailes que con mi familia que me vigilaba estrechamente. Al fin logré hacer la profesión por un convento que aún no existía. Esto solo podía aceptarlo un hombre tan libre interiormente y tan por encima de normas y ataduras como Santo Domingo. Lo suyo era gratuidad total. ¿Cuándo se ha visto otra? Me la recibió el mismo Domingo delante de todos los frailes. La presencia de toda la comunidad me emocionó mucho. Arrodillada ante el regazo del santo le cogí las manos y puse las mías entre las suyas llena de cariño y agradecimiento mientras recitaba la fórmula. Tres años después logramos fundar un convento femenino al que pusimos el nombre de Santa Inés y al que pude acceder después de mil peripecias familiares. Desde Roma vinieron a ayudarnos Cecilia, Amada y alguna monja más. La acogida gratuita y llena de cariño y de paciencia de Santo Domingo hizo que desde el primer momento nuestra relación con los frailes fuera de intensa familiaridad. Formamos familia dominicana. Pienso que la relación de Santo Domingo con las chicas jóvenes que andábamos a su alrededor no era psicología sino un fuerte don del Espíritu que quería que en nuestra Orden hubiera ese sentimiento de familiaridad y gratuidad. Dónde las leyes obligan bajo pecado no puede darse esa relación.

Todos miramos con enorme simpatía a Diana cuando terminó de hablar. Se notaba que le quedaban muchas cosas por decir. Lo que me llamó la atención es que ninguno de los seis tuviera prisa alguna. Su paz era total. Pensé que en el cielo no hay horario y que el portero, San Pedro, ya estaría dormido a esas horas. Domingo tampoco había vuelto a aparecer. Nadie le podía hacer daño porque paseaba en otra dimensión y solo le verían aquellos a los que se apareciera. Por eso podíamos seguir sin problemas. Ahora le tocaba el turno a Cecilia y también comenzó sin hacerse de rogar.

Yo soy romana y en Roma conocí a Santo Domingo siendo yo muy jovencita con solo diecisiete años. El Papa Honorio III, después de cerciorarse de la predicación de Domingo y de la solvencia de la nueva Orden regaló a la Orden un convento en el mismo corazón de Roma. Se trataba de un antiguo monasterio muy deteriorado, llamado San Sixto. La

intención era que sucediera allí lo mismo que en Prulla. Sería para los frailes, pero en lo más interior estaría ocupado por una comunidad de monjas. El papa quería que Domingo reuniera allí a muchas monjas dispersas y vagabundas que andaban perdidas por las calles de Roma. El santo lo intentó aunque con mediano éxito. Lo que si fue creciendo fue el monasterio femenino dominicano impulsado por siete monjas traídas de Prulla para que sirvieran de base a la nueva fundación. Allí estaba yo cada vez más contenta y atisbando todo lo que iba sucediendo en torno a nuestro Padre fundador que me atraía mucho. Alrededor nuestro habitaban los frailes que llegaron a ser por aquellos días cerca de cien. No cabía ni uno más. El Papa entonces, viendo la bendición que de allí brotaba, regaló a la Orden nada menos que la basílica de Santa Sabina, muy antigua, bella y deteriorada, donde después de ciertos arreglos se fueron los frailes a vivir quedándose con nosotras unos diez o doce para nuestro servicio.

Yo tenía necesidad de escribir todo lo que sucediera a Nuestro Padre y comencé a retenerlo en la memoria, con sus apartados y fechas. Lo suyo era escribirlo, pero yo era analfabeta, no sabía ni leer ni escribir, ni por entonces sentían las mujeres mucha urgencia de aprenderlo. Memoria sí, yo tenía mucha y se me quedaba todo aún en mínimos detalles. Más tarde me encontré con Sor Angélica que fue un tesoro para mí porque sabía escribir. No conocía ni la gramática ni sus leyes pero al menos quedaba constancia de los hechos escritos aunque estuvieran plagados de faltas gramaticales y de ortografía. Ella fue la que escribió algunos de mis recuerdos. Muchos expertos nos creen unas exageradas y soñadoras pero están equivocados; nuestro Padre era un ser muy libre y original no solo en lo divino sino también en lo humano.

Por eso quiero contaros lo que sucedió una noche en San Sixto cuando la mayoría de los frailes se habían ido ya a Santa Sabina. A pesar del traslado, Domingo se quedaba algunas noches con nosotras, yo creo que porque le daba pena dejarnos. Este hecho que os voy a contar muestra que la gratuidad hay que vivirla y predicarla gratuitamente no solo con Dios sino también con los hombres para que la divina no quede ahogada entre las mallas de comportamientos humanos rígidos.

Una noche, el bienaventurado Domingo, tardó más que de costumbre en venir y las monjas se fueron a su habitación pensando que ya no vendría. De repente los frailes tocan la campanilla avisando de que había llegado y venía a verlas. Se apresuraron a dirigirse todas al locutorio y abierta la reja le encontraron sentado con unos cuantos frailes esperándolas. Domingo les dijo:

-Hijas mías, llevo de la pesca y el Señor me ha regalado un gran pez.

Decía esto por Fray Gaudión, un joven, hijo de un notable ciudadano romano, que acababa de entrar en la Orden. Acto seguido pasó a darles una charla que les produjo mucho consuelo. Terminada la predicación, dijo:

-Bien estará, hijas mías, que bebamos un traguito de vino.

Fray Roger, el despensero, fue y trajo el poco vino que había y un vaso. Domingo llenó el vaso hasta arriba, lo bendijo y después de beber él se lo pasó a los frailes y acompañantes laicos, unos veinticinco, que bebieron lo que quisieron. Después añadió:

-Ahora que beban también las monjas.

Yo, con una compañera, cogí el vaso, lleno hasta rebosar, del que no se vertió ni una gota. La priora bebió la primera, después todas las monjas cuanto quisieron y el bienaventurado padre las animaba diciendo a menudo:

-Bebed a placer, hijas mías.

Éramos entonces ciento cuatro y bebieron todas y cuanto les plugo y, no obstante, el vaso permaneció siempre lleno. Y cuando se lo llevaron estaba lleno hasta el borde. Seguidamente el bienaventurado Domingo se levantó para irse a Santa Sabina pero fray Tancredo, prior de los frailes, y Fray Odón, vicario de las monjas, y los circunstantes, incluidas las monjas, se esforzaban por retenerle diciendo:

-Padre Santo, es cerca de media noche y es peligroso salir a estas horas.

Él, sin embargo, rehusaba acceder a estos ruegos y decía:

-El Señor quiere que yo me vaya, no tengáis miedo porque enviará su ángel para protegernos.

Se puso en camino con Fray Tancredo y Fray Odón. Nada más salir, un joven de buena presencia se ofreció a ellos, bastón en mano, para acompañarlos. Así llegaron a la puerta de Santa Sabina que estaba cerrada. El joven acompañante se apoyó en la puerta y ésta se abrió en el acto. Entraron los cuatro pero el joven se despidió, cerrando la puerta al salir. Fray Tancredo dijo al bienaventurado Domingo:

-Padre santo, ¿quién era ese joven que vino con nosotros?

-Hijo mío, respondió Domingo, era un ángel que el Señor envió para protegernos.

Tocaron a maitines y los frailes bajaron al coro, sorprendidos de ver allí al bienaventurado Padre con sus compañeros y ansiosos de saber cómo habían entrado con las puertas cerradas”.

Sor Cecilia no dijo más. Todos estuvieron callados un rato brotando la felicidad como una burbuja en medio de ellos. Solo quedaba por hablar Humberto de Romanis el que fue quinto Maestro general en este orden: Domingo, Jordán, Raimundo de Peñafort, Juan Teutónico y Humberto de Romanis hacia el año 1252. Habiendo muerto Domingo en 1221, Humberto comenzó a gobernar la Orden 31 años más tarde, para nosotros mucho tiempo, para aquellos tiempos, con un tipo de vida mucho más lenta y concentrada, mucho menos. Creo que fue una figura indispensable para que en el corazón de la Orden se mantuviera esa chispa de gratuidad, que configura nuestro ADN en la predicación y en nuestra forma de ser.

Humberto empezó diciendo que, al comenzar su generalato, la Orden era por una parte un maravilloso don de Dios que se expresaba en una predicación vibrante, en un fervor rebotante y en un estudio bien aprovechado donde varios hermanos habían conquistado cátedras universitarias. San Alberto Magno ya estaba en plenitud y, a mi lado, en París, tenía a Tomás de Aquino, con una cátedra de teología en la universidad de la Sorbona con 32 años. Toda la sociedad entonces, empujada por los ricos burgueses que querían aprender a leer y escribir y

quemar etapas en un conocimiento superior, vibraba ante el estudio fundando por doquier colegios y universidades. La Orden dio ejemplo no solo desde el espíritu sino también en el progreso humano de la ciencia.

No era el momento para profundizar en la frase de Santo Domingo según la cual nuestras constituciones no deberían obligarnos a culpa sino solo a pena, es decir, no bajo pecado sino solo bajo corrección. La finura espiritual de esta distinción no la percibieron todos los frailes, incluso ni siquiera la mayoría. Fue como una semilla plantada en lo oculto. Jordán en el capítulo generalísimo del 1228 trato de legislar para uniformar detalles pero salvando la intuición originaria del santo Padre. De ninguna forma quiso que esta intuición fuera ahogada por un legalismo uniformante que gran parte de los frailes requería y exigía. Por otra parte el despertar de la razón amenazaba también con el apabullamiento racional que matara de raíz todo atisbo de gratuidad.

En mi tiempo hacia el año 1254, después de dos años de generalato, me di cuenta del panorama total. Pese a nuestra brillantez en todos los órdenes teníamos el tendón de Aquiles en la falta de uniformidad, cosa que corroía la vida interior de muchas comunidades con desánimos y continuas disputas entre los frailes. Nuestra apariencia exterior, nuestro hábito, nuestras oficinas y edificios, no se parecían nada ni entre sí ni entre lo que se acostumbraba en las Órdenes religiosas. Todas las Órdenes tenían uniformidad en el precio, color, forma y cantidad de tela en el hábito de vestir. Entre nosotros, “unos tenían la capa negra, otros marrón, otros gris; unos amplia, otros estrecha; algunos preciosa, otros mediocre, otros vil; a unos les cubría toda la túnica, a otros solo hasta la cintura. En cuanto a la capucha unos estricta, otros muy amplia; unos aguda, otros obtusa; unos con el cuello largo y otros demasiado corto; algunos se tapaban parte de la cara con ella, otros fija en la parte de atrás, unos con pliegues en las mejillas, otros sin pliegues”.

Esto lo digo en un libro titulado “De vita regulari” en el que cuento todas estas cosas. Lamento el sufrimiento de mucha gente pusilánime y alabo a los más decididos entre los frailes que sin depresiones ni escrúpulos siguieron adelante cultivando lo más eximio de nuestro carisma. Había el peligro de que los pusilánimes siempre en busca de seguridad y normas,

aunque después las cumplieran muy a medias, pudieran rebajar la Orden a su nivel de moralidad dado que en las comunidades eran siempre amplia mayoría.

Creo que con este libro que fue un comentario a todas nuestras constituciones se fueron arreglando muchas cosas y no pasó mucho tiempo sin que ejerciera una influencia benéfica, incluso en la cuestión de la uniformidad. Lo que intenté con todas mis fuerzas fue el que se entendiera y fuera centro y corazón de la Orden el tema de que las leyes no obligan a pecado, es decir no nos condenan. Si esto es así, está claro que tampoco nos salvan. De lo cual se sigue que si el comportamiento y la ley no nos justifican delante de Dios tiene que haber otro fuera de nosotros mismos que nos justifique y este no es otro que Nuestro Señor Jesucristo que gratuitamente derramó su sangre por nosotros.

Aquí se da un paso de gigante en la espiritualidad. La mediocridad de la mayoría no podía echar a perder esta enorme revelación. Era tradición en la Orden que se venía conservando por la experiencia de los frailes que tenían la *gratia praedicationis*, el carisma de la predicación, aunque también este peligraba por la envidia y malas interpretaciones de muchos frailes. De hecho, pronto se suprimió el reconocimiento oficial del carisma en individuos concretos por parte de la Orden. Se suprimió la excelencia espiritual y se igualó a todos en el cinco carnal.

Yo luché para que al menos no se erradicara también en los genes de la Orden la revelación espiritual que hace de la gratuidad de la salvación en Cristo Jesús el quicio de la Orden. Esta revelación no se puso en las constituciones, quizás porque era demasiado para aquellos tiempos, pero fue algo transmitido en el secreto más profunda de las comunidades si bien cada vez más tenuemente con peligro de olvido total. Yo fui muy feliz, como digo en mi libro, el día que uno me dijo que otro fraile, amigo suyo, lo había oído personalmente de los labios del Santo Padre Domingo. Fue tal mi alegría interior que en aquel momento supe que ahí radicaba la verdad más profunda de la Orden.

Cuando estaba acabando de hablar Humberto, llegó Domingo de su paseo por los alrededores. Quise preguntarle algo pero de repente,

interiorizados, los seis comenzaron a cantar un canto en lenguas muy suavemente hasta que su grito se hizo total. Pensé que lo estaba oyendo todo Madrid. Yo miraba, rojo de vergüenza, a las mesas vecinas pero nadie prestaba atención alguna, seguían a lo suyo. Entonces me di cuenta que los seis personajes que cantaban estaban en el cielo. Nadie les podía oír. Su canto era verdaderamente de la otra orilla. Recordé el Mar de cristal del Apocalipsis donde millones de voces con sus cítaras cantan el Cantico del Cordero:

Grandes y maravillosas son

tus obras, Señor.

Porque sólo tú eres santo,

y tus obras son perfectas.

Vendrán todas las naciones y se postrarán ante ti,

porque han quedado manifiestos tus justos juicios.

Ya no les vi más. Se esfumaron de mi vista. El camarero me despertó como de un sueño profundo.

-¿Ya se marcharon?

-Sí, casi no me he dado cuenta.

Suele suceder, replicó él: A veces la gente deja el coche mal aparcado, les llaman y se van rápido.

Sí le contesté; además es que viven muy lejos. Lo he pasado muy bien con ellos. Creo que ya no volverán más por aquí. Yo sí, a mí me verás más veces. Ellos, ¿sabes?, viven muy lejos.

